



Extrait du Viento Sur

<https://www.vientosur.info/spip.php?article137>

José Gutiérrez rinde homenaje a Jack London, con ocasión
de la reedición de El talón de hierro

Nueva edición de un clásico El talón de hierro de Jack London

- solo en la web -

Date de mise en ligne : Domingo 11 de julio de 2004

Date de parution : 11 de julio de 2004

Viento Sur

Como resulta propio con cualquier clásico que se precie, Jack London, tanto en su vertiente digamos más "aventurera" como en la más social y política, es una y otra vez reeditado en estos lares, y ahora le tocado el turno a *El talón de hierro* en Ayuso (en la traducción de María Ruipérez, que ya había aparecido en 1976). Normalmente apreciado como un novelista popular, el "Rudyard Kipling del Norte", al decir de cierta propaganda, Jack London compartía también una faceta más oculta pero no por ello menos cierta, la de un obrero autodidacta que se convierte en escritor mediante su propio esfuerzo (o sea, sin dejar de trabajar duramente para ganarse la vida), y la de un socialista revolucionario aunque este título requiera numerosas precisiones. Sin embargo, algunas de sus obras cuadran perfectamente con esta otra faceta, como es el caso *Gente del abismo* (editada por el Viejo Topo, Barcelona, 2001, tr. de Alex Blanco), en la que abordar curiosamente la otra cara del Londres engalanado con una boda real a principios del siglo XX, y ésta que comentamos, que tanto impresionó en su día al citado Anatole France, así como a George Orwell, Sinclair Lewis que escribió una especie de "secuela"...Ampliamente leído por los trabajadores -*La Batalla* publicó algunos de sus artículos y narraciones en diversos momentos, London cuenta con una faceta revolucionaria que merece ser resaltadas. José Gutiérrez, que en los años ochenta contribuyó a dar a conocer varias antologías suyas de narraciones y escritos aparecidas en la editorial catalana Río Nuevo, ha escrito esta introducción a la edición de *Gente del abismo*

Todavía -extensamente- editado, todavía controvertido, Jack London, aparte de escritor, fue otras muchas cosas. Se puede decir, se ha dicho ya muchas veces: su corta vida (1876-1916) fue en sí misma una aventura, y su obra respira esta intensa naturaleza. Entre estas otras cosas, London fue saqueador de ostras en la bahía de San Francisco, después policía de la patrulla de pesca, más tarde cazador de focas en las costas del Japón, a continuación bajó los últimos escalones de una abrumada condición obrera... También fue uno de los muchos obreros convertidos en vagabundos después de sobrevivir a la manera de Jack Kerouac, y como tal tomó parte en la marcha hacia Washington del llamado "ejército de Coxe" que reivindicaba, con no poca lucidez, la creación de empleos públicos (pero que no fueran para los asiáticos) para subsanar las consecuencias de la depresión económica de 1893 que había inundado Norteamérica de parados, justo en una época marcada por una nueva fase de desarrollo capitalista -la segunda revolución industrial- que colocará a la joven nación económicamente por delante de Europa, y por delante de la ciudadanía de a pie, a los grandes tiburones de las finanzas, a los que London odió pero al mismo tiempo admiró. Anteriormente, London había conocido una infancia dura y miserable de manera que se vio obligado a trabajar como niño proletario, a veces en condiciones extremas como las que narra en su cuento "*El renegado*", en la que un niño reniega de los infiernos y opta por recorrer el mundo. Más tarde escribirá sobre este período: "*Hoy, casi a los treinta años, procuro vivir una niñez que nunca conocí. Las responsabilidades y las obligaciones constituyen mis más remotos recuerdos. Nadie me enseñó a leer ni escribir: a los cinco años había aprendido las dos cosas solo...*". Esto quizás parezca exagerado, pero el caso es que sin haber conocido una asistencia estable en las escuelas, London a los veinte años ya tiene claro que será escritor, "un intelectual" o sea alguien que se logra escapar de las fábricas, como dirá él mismo. Pertenece a la clase obrera, pero busca otros horizontes. Esto le hará un escritor muy especial, de esa exigua estirpe de autodidactas a la manera singular de un Máximo Gorki o un Panait Istrati. Será un escritor anónimo que tras un breve pasaje por la Universidad de Berkeley persiste en la universidad de la vida, y que escribe sus primeras narraciones mientras trabaja agotadoramente en una lavandería, como contará en "*Martin Eden*", posiblemente su obra más autobiográfica. La misma pasión le lleva a formar parte de los tramperos que marchan en pos de "la quimera del oro" a la región del Klondyke en 1897, una experiencia de la que regresará como la inmensa mayoría: con los bolsillos absolutamente vacíos y el cuerpo lleno de sinsabores. Empero, London trae un tesoro muy especial, una riqueza que ningún otro supo extraer: un auténtico saco de escenarios y de historias que le permitirán acceder de manera fulgurante a la celebridad con "*The call of the Wild*" (1903), el mayor best-sellers de la historia norteamericana en su momento amén de una serie de novelas como "*Colmillo blanco*", sin olvidar las pequeñas narraciones como "*La lucha por la vida*" que serán su legado más popular. No en vano fue conocido como "el Rudyard Kipling de las nieves." Con todo, ni la vida aventurera ni el éxito personal serán obstáculo para que London se convierta en un apasionado militante del primer socialismo organizado en un país en el que la lucha de clase tendrá en gran medida las formas más extremas de "guerra de clases" como testimoniaran luego plumas como las de John Reed o Dashiell Hammet, o el simple hecho de que algunas de las fechas históricas del movimiento obrero como el 1 de mayo o el 8 de marzo,

tendrán su origen en luctuosas represiones "made in América"; esto por no hablar de "casos" tan sonados como los de Joe Hill, Sacco, Vanzetti, y un largo etcétera. Y a pesar de sus contradicciones, el socialismo de London no será el gradualista-parlamentario sino el que prepara la revolución, el que alumbraron nombres como Eugene V. Debs y Daniel de León. En su nombre, London no desaprovechó ninguna ocasión para actuar como un conferenciante radical que causaba verdaderas ampollas entre la gente bienpensante con sus declaraciones. Esta pasión militante será ulteriormente su dimensión menos conocida e incluso la menos apreciada por algunos especialistas que, como Sidney Alexander, pensarán que fue "un buen escritor en potencia que se echó a perder al intentar convertirse en un pensador". Sin embargo, cabe preguntarse si London se hubiera limitado a su vertiente más literaria, sin su dimensión ideológica subversiva y su carta de mito autodidacta, su legado habría sido de una categoría diferente a los de otros autores como Mayne Reid, Fenimore Cooper, P.C. Wren, James Oliver Curwood, Zane Grey o Edgar Rice Burroughs. Serán precisamente sus inquietudes morales y filosóficas -las mismas que llenan el ambiente de una Norteamérica que se está haciendo llena de estupor-, sus propias dudas y ambivalencias lo que confieren a sus escritos unas dimensiones trágicas -y oscuras- que nunca alcanzaron dichos autores. Lo que le hace ser un personaje mítico, un novelista con la trayectoria de un meteoro proletario que a los veinte y pocos años cuenta en su "curriculum vitae" con esta abigarrada recapitulación de signos biográficos: a) una extensa y heroica trayectoria marítima, casi connatural con su procedencia portuaria, que le servirá de base para parte de su narrativa ocupada por obras del calibre de *"The Sea Wolf"* una obra de "aventuras" sombría y filosófica de la que, por cierto, existe una soberbia adaptación cinematográfica de 1941 escrita por Robert Rossen, dirigida por Michael Curtiz, e interpretada por Edward G. Robinson, John Garfield, Ida Lupino y Barry Fitzgerald; b) las exultantes aventuras en el Gran Norte que confirma su genio natural para escuchar y luego reconstruir historias alrededor de las hogueras o en el último *saloon* alrededor de la última botella comprada con el último penique entre personajes inmersos en situaciones en las que la fragilidad humana es desazonadamente evidente; c) las experiencias en diversos tramos de la condición proletaria tan asumidas y tan determinante en su opción socialista y revolucionaria, causa que le llevaba a preceder su firma con la fórmula *"Yours for the Revolution"* (Suyo, por la Revolución) y por último: d) el sabor de un éxito fulgurante que le llevará a vivir obsesionado por mantenerse en la cima, y que podía ser interpretado en clave darwinista, lo mismo que su faceta anterior lo era en términos de un marxismo bastante rudimentario. Y no es casualidad que en sus alforjas en el Klondyke coexistieran el *Manifiesto comunista* con una de las vulgatas neodarwinistas de Herbert Spencer que en aquel entonces venía a ser como la Biblia de los voceros de sistema que median Norteamérica exclusivamente como una tierra prometida que ofrecía grandes oportunidades a todos aquellos y aquellas que poseyeran la ambición y la audacia necesaria. Una buena definición de esta simbiosis la ofreció el crítico británico Stephan Graham al definir London como *"un escritor viviente. Sus libros se seguirán leyendo cuando muchas grandes obras de arte de hoy no sean más que nidos de polvo. Es inferior a Conrad, pero más grande... Es el escritor del hombre joven. Entre él y la juventud vuela una chispa viviente. tiene el poder de animar y poner en marcha lo que todavía está quieto e inmaduro... No escribió para los Estados Unidos perfectos, sino para los Estados Unidos aún sin terminar"*. London es pues, un actor y un espejo del mayor momento de crecimiento de los Estados Unidos. Es este carácter transitorio, ambivalente lo que impiden un Jack London de una pieza. Es un brillante en bruto en el que se pueden encontrar maravillas pero también excrecencias perversas, ideas repulsivas y contradicciones flagrantes. Entre las últimas se suelen citar sus insoportables manifestaciones racistas, sus amorales contratos millonarios con *"Citizen"* Hearts, y se cita su mediocre "volta face" delante de la revolución mexicana concreta, la misma que antes había contribuido a divulgar su ideal con narraciones izquierdistas como *"El mexicano"*. Un caso semejante ocurrió con su talante antimilitarista, y sus amigos desesperan cuando comprueban que el autor de *"El buen soldado"* (*"Un buen soldado -escribe- es una máquina ciega, sin hermanos, sin alma, asesina. No es una bestia porque las bestias matan para defenderse..."*), acabaría apoyando la "Gran Guerra". Pero no sería justo quedarse con este retrato sin diferenciar lo que prevalece sobre lo que resulta mucho más circunstancial y esporádico. No se le puede reprochar a nadie que "huya" del foso social para escalar un espacio social mucho más vivible: ¿quién no lo ha hecho o quién no lo haría? Al escapar de lo que llamaba el "foso social", London no se convirtió -como harían tantos otros- en un "renegado", al contrario permaneció fiel a su ideario en contra de lo que más le podía convenir, y sus manifestaciones reaccionarias no pueden ocultarnos la existencia de otras mucho más constantes, ni sus actitudes inequívocamente generosas con las personas que lo necesitaron. Nadie desde luego puede aprovechar su obra en contra los humillados y ofendidos... De ahí que la izquierda de todo el mundo lo reconoció por sus aportaciones sociales, en particular por su obra magna *"El talón de hierro"*, cuyas evidentes debilidades narrativas o ideológicas -su

vanguardia revolucionaria es una élite armada con un bagaje ideológico tan primario como su marxismo de manual, no debe ser obstáculo para reconocer su carácter "profético". No en vano se le ha definido como un "borrador" del "1984" de George Orwell, uno de tantos escritores que siempre admiraron a London a la par de Eugene O'Neil o Ernest Hemingway. Esta obra fue advertida, entre otros, por León Trotsky a final de los años treinta, cuando la acción convergente del fascismo y del estalinismo había dado al traste al desafío revolucionario de los años treinta. Los que piensan como Albert Camus que el siglo XX ha sido el siglo de las revoluciones traicionadas tienen en "El talón de hierro" uno de sus libros claves. Es justamente en este cuadro donde conviene insertar este libro, escrito con ocasión de un frustrado viaje a Sudáfrica como reportero para contar las consecuencias de la "guerra de los boers". Su sencilla trama está además contextualizada por el éxito de "*La llamada de la selva*", y cuando los editores esperan que les facilite otro bestseller, una situación que quizás le recuerde al lector una película inolvidable, "*Sullivan's Travels*" (1941), escrita y dirigida por Preston Sturges en su mejor momento. Sturges estuvo seguramente inspirado por este viaje a los infiernos de London con el que junto con la similitud argumental inicial coexiste una visión muy diferente de la actitud a tomar delante de los abismos de la miseria, y cuya contrastación me parece de lo más ilustrativo. Si bien London ofrece inicialmente un toque de comedia a su obra cuando se acerca a la Thomas Cook & Son, la agencia de viaje más moderna del momento, para que le lleve al East End, que es "donde la ciudad cambia de nombre", un abismo al que los taxis no quieren viajar y que coexiste apenas a un "tiro de ballesta" del Londres opulento y ostentoso que asiste a la boda de Eduard VII, luego se muestra como uno de aquellos periodistas de la época siguiendo el camino trazado por Lincoln Steffens que escarbaban en los vertederos humanos sobre los que sostenía la opulencia. London no se va por las ramas, no son los pobres pobrecitos sino gente en el abismo de una realidad social monstruosa y describe el horror más extremo al contar la agonía de una anciana invadida por los piojos, e incluso desciende a los abismos de la imaginación surrealista. Lo que le importa no es -como a Sullivan- el valor artístico de su experiencia, sino las lecciones políticas y sociales que extrae. Por otro lado, London se desenvuelve con toda naturalidad en un medio que le es familiar, que reconoce porque no está muy lejos de una procedencia que nunca ha dejado de proclamar. Tampoco pretende dar ningún giro a su obra, pasar del éxito fácil al drama sombrío, simplemente adopta una dimensión testimonial más, la que más le llega a su fuero interno, y luego seguirá su camino. Su conclusión no es personal, es la de un socialista consecuente: realidades como estas justifican la revolución. No le ocurre que el regalo de la risa ayudará a las víctimas más que su alegato, algo que parece conformar al agudo pero socialmente más bien conformista Preston Sturges que no pretende ir más allá de conseguir una buena comedia. Este libro -tardíamente editado entre nosotros- nos devuelve un London más completo, claramente decantado por una opción socialista apasionada y razonada. Nos descubre otro London más, el del periodismo investigador de las miserias extremas al lado de la opulencia, y nos cuenta la historia "ejemplar" de una barriada que no sobreviviría mucho la segunda guerra mundial. En los años cuarenta, entre la barbarie de la Luftwaffe y la enérgica actuación reformista del laborismo triunfante, el "East End" dejó de ser un abismo infecto y acabó convirtiéndose en una zona en la que prevalecía la clase media. Durante las últimas décadas estas imágenes parecían reducidas a las dantescas periferias de las urbes tercermundistas, aunque justo es anotar que en los últimos tiempos, el neoliberalismo hermano de aquel neordawinismo que conoció London, nos está devolviendo estampas bastante parecidas en un primer mundo en el que aquella décima parte de la población norteamericana que London incluía en el "foso social", hoy padece hambre y varios millones de niños británicos conocen problemas de desnutrición. Por todos estos motivos y otros que el lector apreciara, "*Gente del abismo*" sigue siendo un libro clásico -dolorosamente- vigente y necesario, amén de un libro que nos restituye un London de cuerpo entero y una realidad que ya no existe en Londres pero que puede contemplar cada día enchufando simplemente un televisor.